

Joseba Intxausti

**Antonio Arruti (1882-1919):
Recuperando un poeta olvidado**

La obra que tiene Ud. en sus manos es un cuerpo textual bilingüe, escrito en castellano y euskera, y recoge aproximadamente la obra de una década (1908-1919). Su autor fue un zarautarra, nacido en la población guipuzcoana de Zarautz, en 1882 (y vinculado también, por su familia e infancia, con Oikia, Zumaia), y, por su condición personal, religioso franciscano, que vivió en diversas poblaciones de Euskal Herria, como Olite, Gernika y Tolosa, sin olvidar la obligada estancia en Arantzazu.

El trayecto vital de Antonio Arruti fue más bien breve: murió en Tolosa a los 36 años, arrastrado por lo que se llamó la “gripe española”, en 1919.

Esos son los datos escuetos de su biografía. En cuanto a su producción, ya en la preguerra, mereció la misma los elogios de diversos estudiosos de la historia de la literatura vasca, y los manuales o antologías de la posguerra han expresado repetidamente su interés al respecto. Todos ellos han reclamado, además, una edición completa de los escritos de Arruti. La obra del poeta fue relativamente amplia, y meritoriamente sostenida, si hemos de atender a las penosas circunstancias personales de las que se hablará.

Tras los pasos de un poeta

A pesar del volumen textual de su obra, y no obstante que fue poeta laureado lo mismo en castellano que en euskera, su figura y obra han ido diluyéndose en nuestra memoria a lo largo del tiempo. Pero, sin embargo, no puede decirse que haya sucedido así porque los historiadores de nuestras letras lo hayan olvidado. No hay tal olvido.

La razón del extravío responde, más bien, a la poca accesibilidad de su obra, pues la producción de Arruti se encuentra dispersa en revistas que van desde Zaragoza, Sevilla o Barcelona hasta Santiago

de Compostela o La Habana, pasando, por fin, por Donostia o Arantzazu. El autor no publicó en vida ningún libro, y nadie ha recogido, después, esa obra sembrada desde la rosa de los vientos.

Como resultado de todo ello, incluso entre los franciscanos, que institucionalmente hubieran podido guardar una memoria más viva de su hermano poeta, se ha ido velando su recuerdo en el decurso del tiempo. Y, sin embargo, tampoco han faltado quienes lo evocaran, más que lo conocieran, como una pluma apreciada, e incluso admirada, y precisamente esta circunstancia ha sido la que ha llevado a C. Zubizarreta y J. Etxeberria a dedicarle un tiempo, que ha sido fructífero, en la recopilación de su obra.

En cuanto a los que, por paisanaje o afinidad familiar podían tener alguna noticia de Antonio Arruti, hay que decir que bastantes de los que razonablemente se podía esperar algún conocimiento nada sabían ya, al dar comienzo a nuestra investigación. Entre los familiares de Oikia quedaba todavía algún leve recuerdo que hemos procurado reavivar, pero es en Zarautz donde hemos tenido la fortuna de dar con la persona que con más concreción ha podido suministrarnos noticias.

En efecto, una vez que tuvimos en mano el dato cierto de su nacimiento en Zarautz, había que buscar y seguir las líneas zarauztarras de su contorno familiar (los Arruti y los Sorreluz). Arrancando de la hipótesis de una más estrecha relación personal con los Sorreluz, fuimos completando el cuadro familiar de estos, con datos recogidos en el panteón familiar y el Archivo Diocesano de San Sebastián. Sin embargo, en cierto sentido el camino resultó falso, o poco fructífero, para ilustrar un momento crucial de la vida del poeta: el de sus años de horfandad en Zarautz.

Pero indicaciones recibidas en la vía comenzada nos facilitaron el encuentro con la Sra. Mertxe Arruti: sus personales recuerdos familiares, e incluso la documentación en su poder, vinieron a reorientar el trabajo, ahora ya por la línea Arruti, y el resto fue más fácil, de nuevo a través del Archivo Diocesano. Las dos etapas zarauztarras de A. Arruti quedaron adecuadamente precisadas.

Entretanto, una cuidada y generosa colaboración del Sr. Párroco de Oikia, D. Boni Urkizu, nos permitió ganar tiempo y evitar extra-

víos en nuestras indagaciones sobre la familia materna Olaizola, la de Oikia, en Zumaia. Las vicisitudes familiares de los Olaizola eran importantes por las razones que más adelante se apuntarán. Salvo algún detalle menor, el entorno de Oikia y las circunstancias vitales que lo condicionaron han podido ser satisfactoriamente ajustados, gracias al Sr. Urkizu y las precisiones ulteriores de la Sra. Txaro Arrona, de Euskal Genealogia.

El resto ha venido de la mano del Archivero Provincial franciscano, Padre Cándido Zubizarreta (con la colaboración puntual de S. Ruiz de Loizaga, en Roma), que me ha orientado en el acceso a los fondos documentales, y facilitado su utilización. Aunque, sin duda, se hubiera querido saber más de la vivencia y talante personales de Arruti, al menos sus circunstancias externas han podido ser dibujadas con rasgos bastante nítidos. Por ello estamos ya en condiciones algo mejores que al comienzo de la investigación, para acercarnos a la biografía del poeta, aunque ya se sabe que todo dato conocido provoca siempre nuevas preguntas que no siempre es fácil responder.

De este modo, también la fisonomía de su obra resultará probablemente más comprensible, y en todo caso, los datos reunidos han dado ocasión para que el crítico Joxe Azurmendi pudiera ofrecernos esa minuciosa puesta a punto del contexto histórico de la obra de Arruti, y sugerirnos el lugar que le pueda corresponder a este escritor en el devenir histórico de la poesía vasca.

Pero pasemos, de las ocurrencias de la investigación, a conocer la biografía más pormenorizada del escritor y a lo que históricamente pueda significar su obra.

Biografía de Antonio Arruti (1882-1919)

Aunque en el recuerdo de algunos que lo conocieron no hayan faltado vacilaciones al respecto, Antonio Arruti Olaizola nació en Zarautz, el 22 de septiembre de 1882, y fue bautizado al siguiente día en la Parroquia de esta localidad, según consta en la partida de Bautismo del recién nacido. Sus padres fueron Quintín Arruti Sorreluz, zarauztarra, y Josefa Luisa Olaizola Larreta, de Oikia, y se habían casado el año anterior en esta última localidad.

Como veremos, ante las alternativas difíciles que vivió el matrimonio y la familia, este doble origen de los padres fue determinante para la infancia y adolescencia de Antonio Arruti.

Decimos «Antonio», y, sin embargo no fue ése el nombre de pila de nuestro poeta, sino el de «Juan José Mauricio», según consta en la partida firmada por el párroco D. José Manuel de Arizmendi. El nombre de «Antonio» fue, en realidad, el que recibió al entrar religioso, y que terminó siendo en adelante el único, tanto en su denominación religiosa como en la firma de sus escritos.

A los meses de nacer Juan José Mauricio, los padres hubieron de cambiar de residencia, acogiéndose al caserío natal de la madre en Oikia («Etxeberri Azpikoa», «Errementarikoa» o también «Behoko Errementarikoa»). Actualmente, algún tanto remozado, puede verse el mismo desde la autopista, al Este del casco urbano de Oikia, donde ahora vive la familia Arrona. La razón de este traslado estribaba, suponemos, en que Bartolomé José, hermano de la madre y casado en la misma ceremonia en que lo hicieron los padres del poeta, había fallecido en el caserío (1883), dejando al abuelo Juan Jose en penosa situación (anciano de 68 años, y viudo desde hacía años). La solución consistió en que la viuda de Bartolo, Ventura Etxeberria (de 18 años), volvió a su pueblo natal, Aizarnazabal, y la hija del caserío, Josefa Luisa (madre del poeta), vino con su familia a socorrer a su padre.

Así, pues, la infancia del niño Juan José Mauricio hay que situarla en Oikia, ya que de 1883 a 1895 fue allí donde vivió, tomó parte en los juegos, allí acudió a la catequesis y la escuela, vivió su primera experiencia social, y gozó y padeció las peripecias familiares y locales. Los ecos de aquellos años son manifiestos en sus recuerdos personales y en la obra que más adelante publicaría. Décadas después de haber salido de Oikia, y a pesar de que los familiares más próximos habían ya desaparecido de la localidad, en cada oportunidad que se le presentó, Juan José Mauricio volvería siempre a la Oikia que le era entrañable.

No obstante su infancia feliz, la vida del niño en Oikia tuvo hitos dolientes que habían de marcar al poeta: en 1886 moría su padre, a los 33 años, enfermo de pulmonía. El niño quedó, por tanto, en el

caserío con la madre viuda (de 36 años) y el abuelo (que estaba a punto de cumplir los 71). Estos años estarán, pues, ligados para siempre a la figura de la madre, que el poeta evocará con una afectividad intensa y apenada.

Pero, según se dice, los males no vienen solos, y el 6 de junio de 1895 fallecía también la madre de «Josetxo», para nombrarlo tal como ella solía hacerlo según testimonio del poeta. Tenía 45 años en el momento de su fallecimiento, que se produjo por “una adulteración de la sangre”, según dice la partida de defunción. Había hecho su testamento cuatro días antes en manos del notario de Zumaia, Sr. Francisco Otermin.

Juan Jose Mauricio (*Josetxo*), muchacho huérfano de 12 años junto a su abuelo ya mayor, y alumno aventajado de la escuela, debió emprender el camino de retorno a Zarautz, en busca del medio familiar de su padre. Los Arruti o los Sorreluz podían acogerlo tal vez, y así fue. De los seis hermanos del padre Quintín, fue Ciriaco (1855-1925) quien lo recogió en su hogar, e hizo posible que Josetxo acudiera a la escuela del Convento franciscano. Josetxo se encontró en casa con tres primos, de seis, cinco y cuatro años. A los pocos meses llegó el cuarto, al que se le bautizó como «José Antonio Estanislao» (1896-1973), Josetxo fue su padrino, y más adelante, al renunciar éste a la propiedad de sus bienes (1908), Estanislao sería el beneficiario de la renuncia.

A pesar de todo, los años 1895-1897 fueron, al parecer, felices para el muchacho: gozó de la compañía de sus primos y tíos, toda una familia, bien distinta de la que había sido la conformada por él con la madre y el abuelo en Oikia, y una vida en la que se combinaron los estudios (entre ellos, del latín), los juegos callejeros y las complicidades y rivalidades hogareñas de todos. Fue, sin duda, una horfandad aliviada por el contorno, e ilusionada, por los proyectos que iban naciendo.

Discípulo aprovechado de los franciscanos (donde evidentemente no había nacido aún el Colegio Antoniano) tuvo por profesor al Padre F. Ariztegi, un hombre que más tarde vivió una larga y notable experiencia misionera en China. Al cabo de dos cursos en la Preceptoría del Convento, solicitó ingresar en la Orden Franciscana,

y lo pudo hacer directamente en Zarautz (1897). Así comenzaron su carrera y vida religiosas.

Terminada la primera experiencia conventual salió inmediatamente para Bermeo (1888-1899), y un año después, se trasladó a Arantzazu, donde estudió Filosofía (1899-1902). No eran aquellos años excesivamente brillantes en cuanto al curriculum de estudios en la Provincia franciscana de Cantabria a la que él pertenecía desde el ingreso en el Noviciado de Zarautz. Desde luego, el euskera no formaba parte del mismo.

No obstante, en Teología tuvo la fortuna de coincidir con la puesta en práctica del primer plan de renovación de estudios; de ahí, que su estancia en Olite se prolongara por seis años (1902-1908). Fray Antonio Arruti fue alumno especialmente aventajado, superando claramente a todos los compañeros con los que compartió los estudios (se guardan sus expedientes académicos de Filosofía y Teología que lo prueban). De hecho, su talento y nivel intelectuales fueron de dominio público, subrayándose la memoria poco corriente, y posteriormente también la amplitud de su cultura.

Arruti fue ordenado de sacerdote en el primer trimestre de su último curso de estudios, es decir, en el año complementario de Teología, el 24 de noviembre de 1907, y celebró su primera Misa en Zarautz el 28 del mismo mes, en una celebración que el cronista de la villa dejó para el recuerdo en las páginas de *El Correo de Guipúzcoa* (02-12-1907). Fueron padrinos del acto el ex-provincial Aztiria, y el que más tarde llegaría a ser miembro de la Academia Vasca Euskaltzaindia, José María Azkue. El predicador fue un gran orador de la época, el oñatiarra Padre Umerez, que en 1903 había actuado con el mismo quehacer en los Fiestas Eúskaras de su población natal.

En este breve viaje desde Olite, se percibe en él, no sólo la emoción del creyente que alcanzaba la meta del sacerdocio y la celebración litúrgica, sino también la del encuentro con los suyos, tras una década de ausencia (1897-1907), y con la tierra de nacimiento que cantó repetidamente como parte de sus recuerdos originarios.

El día inmediato después de la celebración, 29 de noviembre, quiso compartir su Misa en Oikia: allí fue, y probablemente a la vuelta por Zumaia conoció al novelista Tx. Agirre cuya obra *Garoa* se

estaba publicando por aquellos meses en RIEV. El reencuentro de aquellos días con su propio pasado, lleno de contrastes evocados, aparece en un poema que escribió el 1 de diciembre, al volver a su Convento de Olite: «Una visita a mi aldea». Escribía en castellano, una lengua que no se correspondía con los recuerdos que el poeta deseaba dejar traslucir, pero que respondía adecuadamente a la formación académica recibida.

Por ello, gracias a la misma, el primer éxito del joven escritor lo alcanzó en Zaragoza, con motivo de las celebraciones del Primer Centenario del Sitio de Zaragoza (1808-1908). El eco del suceso debió de ser notable en la recoleta vida conventual, y no hacía sino confirmar lo que ya se sabía de él, como posible promesa intelectual.

Al cabo de seis meses estaba ya disponible para las tareas que se le quisieran encomendar. Su antiguo Maestro de Novicios, Elía Mz. de Zuazo, lo quiso consigo, para poner en práctica la renovación del Seminario Menor de Arantzazu (1908). Entonces y en los años que siguieron, el Padre Mz. de Zuazo, que en 1909 fue elegido Provincial, contó con Arruti para compromisos de calidad. Tan sólo duró un año en las tareas de enseñanza del Seminario, ya que en 1909 fue destinado a Roma con otros dos compañeros (esfuerzo significativo para entonces), dentro de un programa de recualificación académica del personal docente de la Provincia. En efecto, este objetivo de gobierno es uno de los rasgos del provincialato (casi seis años) de Zuazo, a quien podemos situar en la gran trilogía de gobernantes con más carisma de la Restauración de Cantabria, junto a J. E. Epelde y P. Lete.

Así, pues, en agosto de aquel año salía Arruti para la Ciudad Eterna, y posiblemente llegó allá el 24 ó 25 del mes. Los estudios a los que se le destinaba eran los de Sagrada Escritura y Ciencias Auxiliares. Conocemos el programa curricular vigente en tal carrera que en parte coincidía también con la afición ya conocida de Fray Antonio por las lenguas clásicas.

Arruti estudió en el Colegio Internacional San Antonio, en un grupo de alumnos más bien reducido: entre los años 1909 a 1912 (los que corresponde a su estancia en Roma) el conjunto de los alumnos de la sección de estudios bíblicos vaciló entre trece y diecisiete, y en el grupo de Arruti no pasó de seis.

Finalmente, el 14 de julio de 1912, en un acto académico solemne, se le entregó el título de Lector General de Teología, con un *summa cum laude* final. Daba así por terminados sus estudios en Roma, y podía retornar ya a la Provincia. Pero, antes de pasar adelante, debemos decir algo sobre las actividades extra-académicas de Arruti, en Roma.

Casi con toda probabilidad, la primera poesía que escribiera en euskera nuestro poeta, la compuso en Roma, para un acto celebrado en el Colegio Internacional el 28 de diciembre de 1911, con ocasión del homenaje al Cardenal Diomedede Falconio. El programa comprendía un apartado titulado «Il saluto delle Nazioni» en veinte idiomas, entre los que se incluía una poesía en euskera: Arruti participó con «Erbestean», que más adelante publicó en la revista *Euskal-Esnalea* (1913). Se dió, además, la circunstancia de que también la intervención en griego se le encomendó a Arruti (este texto figura en el archivo franciscano de Zarautz, en escritura manuscrita del autor).

La vuelta de Roma fue inmediata, pero no sin visitar antes Asís, el monte Alverna y el centro de investigaciones franciscanas de Quaracchi. Comenzaba, aparentemente, la etapa definitiva de su vida, la de Profesor en Ciencias Bíblicas.

Ese fue el destino que se le asignó a Arruti, pues con fecha del 17 de agosto de 1912 se le nombraba para tal tarea en el Teologado de Olite, a donde llegó, según dice el Album histórico de aquella casa, en el mes de octubre, en fecha que no hemos podido precisar más. No sabemos prácticamente nada del día a día de su labor de enseñante, pero conocemos los frailes con los que convivió, y la relación de alumnos que tuvo. Como dato de interés hay que señalar que en aquella Comunidad figuraban vocaciones literarias que habían de coincidir en Forua-Gernika, y de las que seguramente recibió alientos Fray Antonio Arruti. Pero, presumiblemente, su labor intelectual de la más bien breve estancia de Olite debió de centrarse en el quehacer académico que se le había encargado.

Hay que recordar también que Arruti no careció de dotes de orador, si queremos creer a los compromisos que se le encomendaron, y a lo que posteriormente se escribiría de él. Pero en el recuerdo oficial quedó, sobre todo, la memoria de su prometedor trabajo como Profesor (*Libro segundo de Defunciones, 1909-1936, 56*):

Dadas sus facultades intelectuales y su amor al estudio, fue una desgracia para la Provincia el que no pudiera continuar al frente de la cátedra, que empezó a regentar con visible aprovechamiento de los discípulos y en la cual hubiera llegado pronto a ser una lumbrera. Con su despejo y perspicacia, su imaginación exuberante y su memoria como se ven pocas, había atesorado ya gran caudal de conocimientos que sabía lucirlos con oportunidad y comunicarlos sin jactancia por medio de un lenguaje selecto y salpicado de hermosas figuras y ocurrencias originales.

En efecto, fue una desgracia, la misma que parecía perseguirle desde su infancia y la que lo llevaría en breve a una situación de relativa minusvalía.

Arruti arrastraba desde la infancia deficiencias de vista, y el proceso avanzó tanto que los coetáneos llegaron a hablar de su ceguera, entre ellos el publicista Gregorio Mujika. No hemos podido determinar la naturaleza de la enfermedad que se le diagnosticó, pero son de todos conocidas las dificultades que le trajo la misma, a él, un hombre enteramente consagrado a la lectura y escritura, y necesitado de éstas para su vida intelectual y para su función docente.

A causa de sus limitaciones de visión, hubo de abandonar Olite, renunciando a su tarea de Profesor. Temporalmente, entre julio y noviembre de 1914, estuvo en Zarautz para su reposo, aunque atendiendo también a los Novicios. En definitiva: ya al final del año no figura en el elenco de religiosos de la Comunidad de Olite, y sabemos que ya el 8 de noviembre de 1914 se hallaba destinado en la Casa de Forua-Gernika.

Comenzaba la última etapa personal de Fray Antonio Arruti, la del hombre que iba hacia la ceguera, y porfiaba por buscar alivio al mal, y simultáneamente adaptarse a las circunstancias que su salud precaria le imponía. En aquel entonces los franciscanos no tenían Convento en Bilbao, y como quiera que el Dr. Ascunce le atendía en la capital vizcaína, se optó porque residiera en Forua, localidad próxima a Gernika.

Pero, dentro de lo que cabía, Forua no era un mal destierro hospitalario; al contrario, allí se encontró también, no sólo con una

Comunidad religiosa, sino también con un pequeño foco intelectual, ya que la Redacción de la primera publicación periódica de Cantabria en la Península tenía en aquella Casa su sede. Luis Sarasola, lekeitiarra y conocido futuro biógrafo castellano de San Francisco, era el director de *Apostolado Franciscano* (1914...), y en Forua vivía, casualmente forutarra él, Mariano Andoin que más adelante llevaría a cabo en Cuba una muy leída obra de periodista.

Por otra parte, a la luz de una carta del bibliógrafo R. Zulaika sabemos de las sugencias prácticas que se le hacían sobre la forma de retomar sus tareas literarias: el oñatiarra Padre Francisco Galarraga, colega suyo en Forua, podía serle de utilidad como lector y amanuense que le facilitara el trabajo de escritor.

1914 es año de duros contratiempos personales, y de un viraje significativo en su actividad literaria: por una parte, la enfermedad puso en entredicho la posibilidad siquiera de su vocación docente (una tarea, y un rango, que gozaban del prestigio general en el medio conventual), y, por otra, razones varias le llevan a reconsiderar sus opciones literarias de lengua. En aquellos meses se consume la vuelta total del poeta a su lengua materna, el euskera. El lector puede comprobarlo con una ojeada al índice de este libro.

En lo referente a su salud, la operación a que se le sometió, y el tratamiento, no surtieron el efecto deseado, y más bien se fue empeorando su vista, hasta casi la ceguera. Se le dispensó de ciertas obligaciones litúrgicas que implicaban la lectura de textos, y cuando ya se perdieron las esperanzas de mejora, los Superiores consideraron oportuno destinarlo a su Zarautz natal, seguramente con la idea de ofrecerle un contexto de vida más llevadero.

Desde junio de 1918 encontramos a Fr. Antonio Arruti en el Convento de San Juan Bautista, en esta localidad de la costa guipuzcoana. El aprecio de sus hermanos franciscanos le acompaña, y también el afecto de sus familiares. El no se deja amilanar por las circunstancias adversas, y se propone sobrellevarlas con dignidad, y busca vías nuevas para valerse en lo que se pueda y para ofrecer sus servicios en aquello que se le ofrezca.

Hay una pequeña anécdota al respecto. Como prueba de su excelente memoria se recordaba que se hizo con una máquina de escribir,

y que en pocas horas había memorizado todos los recursos que la máquina le ofrecía para entretenerse y trasladar al papel sus vivencias y conocimientos (seguramente hoy hubiera sido un “braillista informático”).

En las fiestas de San Bartolomé de Oikia fue a los lugares de su infancia, y predicó en aquella Parroquia; en octubre llegó hasta Azpeitia para la festividad de San Francisco. Pero la estancia en Zarautz vino a ser, al fin, un paréntesis veraniego, y cuando la segunda oleada de la “gripe española” de 1918 alcanzó a los Conventos hubo que echar mano de los servicios de quienes estaban más o menos disponibles, y Arruti fue destinado a Tolosa, a donde llegó el 19 de octubre de 1918.

A pesar de las dificultades de visión, lo encontramos activo, predicando en la iglesia conventual y acudiendo a prestar diversos servicios (por ejemplo, en la catequesis escolar). Por otra parte, Tolosa fue testigo en esas fechas de concentraciones de pueblo y autoridades guipuzcoanos en apoyo del Manifiesto de las Diputaciones (01-12-1918). El cronista conventual e historiador, J. Rz. de Larrinaga, se muestra atento a ello en su texto, y debemos suponer que también Arruti vivió con interés los acontecimientos, en un año especialmente rico para el País Vasco en sucesos políticos, culturales y religiosos..

Finalmente, la gripe (“el trancazo”, se decía) se hizo presente también en el Convento. El 27 de diciembre el Padre Arruti se vio obligado a retirarse y guardar cama; al cabo de unos días comenzaron las hemorragias internas, y el día 4 de enero, al anochecer, se le administró el Viático y a media noche la Extrema Unción. Todavía tuvo alguna pequeña mejoría, pero aquejado de un hipo tenaz se fue consumiendo, dice el cronista. El 9 de enero de 1919, a la una de la tarde, expiró suavemente, en el Convento de los franciscanos de Tolosa. Tenía treinta y seis años.

Por razones sanitarias, fue llevado “recto trámite”, y enterrado en el cementerio de la Villa. Desde 1930, en que se hizo el traslado definitivo, sus restos descansan en el panteón de la Comunidad franciscana de Tolosa, dentro de una urna de madera señalada con dos letras: «A. A.».

El lugar histórico de Arruti

Como el lector habrá intuido ya, el objeto del presente libro es el de facilitar el conocimiento de la obra de un poeta de perfil histórico y literario bastante peculiar. Tal vez, incluso excepcional en la historia de la poesía vasca.

Arruti se sitúa en una década poco afortunada de la historia literaria del euskera, el decenio de 1910 a 1920. Más concretamente, en ese momento la poesía parece sufrir un desmayo en relación con los años precedentes. Y no se vislumbraban aún los desarrollos posteriores. No obstante, por inercia de los esfuerzos precedentes se siguen cuidando las manifestaciones sociales de carácter literario, y cada año se convoca la cita para las Euskal Jaiak (o Juegos Florales).

Arruti tuvo una participación activa en estas celebraciones culturales del euskera, tanto en Bilbao como San Sebastián y Tolosa. Y recibió galardones que, sin duda, le estimularon en su creación poética, y suscitaron en él la necesidad de emprender un camino nuevo para su lengua materna.

En su obra se percibe, en pequeños detalles y en su sorprendente viraje lingüístico de 180 grados, que el medio y momento socio-culturales que desembocarían en las celebraciones de 1918 en modo alguno le era extraño. El Congreso de Oñati, con sus deliberaciones y propuestas, la incipiente participación franciscana en los acontecimientos culturales (que sin ser particularmente notable le afecta también a él: Arrúe, Lizarralde), la excelente acogida que *Euskal-Esnalea* (1913, 1914, 1918) y *Euskalerraren Alde* (1913, 1914, 1915) le deparan: todo ello le espoleó eficazmente.

En todo caso, entre los ensayos literarios franciscanos de aquel decenio Arruti representa el rostro euskérico más valioso, comparativamente muy por delante de otras firmas euskaldunes. Naturalmente estamos hablando de una realidad social modesta, pero decididamente en alza.

Por otra parte, Arruti escribe en una etapa en que los mejores momentos de las Euskal Jaiak o Lore-Jokoak (Juegos Florales), de aquellas que organizara, mantuviera y difundiera A. de Abadía, habían pasado. Las voces de Elizanburu o Arrese-Beitia se habían extin-

guido, y la generación siguiente no acertaba a tomar el relevo. En ese contexto, le tocó actuar a Antonio Arruti, sólo que todos sus primeros esfuerzos los hizo en castellano. Y, para lo que aquí queremos subrayar, aquello no venía al caso, al menos directa y expresamente.

Cuando su propio éxito personal en euskera, las preocupaciones culturales de casi todos los colores próximos, el aranismo en auge (al que no sabemos si llegó políticamente) y los estímulos de su contorno religioso le señalaron el nuevo derrotero a seguir, finalmente Arruti vino a ser un escritor en euskera.

Pero la preparación previa y los ensayos iniciales, los hizo en castellano; de ahí, por lo menos, la conveniencia y necesidad de conocer también la obra castellana. Esta producción primera había planteado a Arruti una temática, pero también cuestiones formales que alcanzaron después a su poesía vasca.

Una buena parte de la obra de Arruti fue poesía de ocasión, ligada a fiestas y celebraciones domésticas, a acontecimientos de su vida de religioso. Algo que nos recuerda los modos de las celebraciones cortesanas, renacentistas; modos, en resumen, de ennoblecer y sublimar la cotidianidad ramplona.

En esas ocasiones, o en su obra en general, el poeta reflexionó sobre los temas eternos del ser humano: la muerte, el amor, su dimensión telúrica, la transcendencia, la nobleza del trabajo, la soledad, etc. Y recoge igualmente las grandes cuestiones de la década: Euskal Herria, su pasado, la desmemoria histórica, la nobleza de sus gentes modestas, etc.

Sus lecturas literarias y la creación en castellano, al conjuro de esas inquietudes apuntadas, le llevan a plantearse la vía de posibles nuevas formas para la poesía vasca. Conoce a los clásicos latinos y castellanos, y cree entender que para el ennoblecimiento del idioma es preciso trasladar al euskera las formas más trabajadas de los clásicos, que admira y siente. En este sentido, sus esfuerzos se corresponden con los primeros atisbos del joven Orixe, pero anticipándose a éste, en la década, en cuanto a cronología y volumen de obra. Arruti ensayó, por ejemplo, el soneto y metros varios de los maestros latinos.

Quiso que también el euskera dispusiera de los registros cultos de la poesía, y en este empeño, se anticipó, en su propio contexto, a quienes quince o veinte años después (los poetas de los treinta) lograrían una madurez más consumada. A Arruti hay que reconocerle, sin duda, su anticipación, y en buena parte una considerable obra hecha realidad.

Que sepamos, desde varios puntos de vista ningún poeta vasco ofrece rasgos tan poco frecuentes como Arruti, en su trayectoria lingüística y literaria. El lector podrá entenderlo así en el cuidado epílogo que Joxe Azurmendi le ha dedicado en este mismo libro. A él lo remitimos, pues.